

El *Quijote* en el actual teatro español e iberoamericano contemporáneo

Jerónimo López Mozo

En febrero de 1582, Cervantes solicitó, sin éxito, un empleo que había quedado vacante en Indias. En 1590, es decir, ocho años después, presentó su brillante hoja de servicios a Felipe II con un memorial en el que solicitaba, de nuevo, que se le concediera establecerse en América. La escueta respuesta que recibió del Monarca fue: «Busque por acá en qué se le haga merced». La desilusión del escritor debió ser grande. En 1605 se publicó la primera parte del *Quijote*. No es disparatado pensar que si Cervantes hubiera visto cumplidos sus sueños, jamás habría escrito su famosa novela *Don Quijote de la Mancha*. Aunque no sabemos las razones que tuvo Felipe II para denegar la petición, agradezcamos su respuesta. Así, pues, Cervantes, aunque lo intentó, nunca puso los pies en el Nuevo Continente. Sí lo hizo, en cambio, su inmortal criatura, quién saltó el charco embarcado en un libro, llevando como compañeros de viaje a toda una legión de personajes entrañables.

No sé cuantas personas han leído el *Quijote*, pero sí que son muy pocos los que no conocen a su protagonista, aunque predominen los que lo han hecho a través de su imagen, tantas veces recreada. Esto vale para España y para Iberoamérica. Hay un detalle curioso y poco conocido que resulta ilustrativo. El *Quijote* llegó muy pronto a América. Baste recordar que un mes después de que la primera edición se pusiera a la venta en Madrid, un librero de Alcalá de Henares envió cien ejemplares a Cartagena de Indias, de los que nueve se distribuyeron en el Cuzco. Sin embargo, es fácil suponer que pocos ciudadanos tuvieron acceso a su lectura, pero hay datos de que enseguida se familiarizaron con la figura de su protagonista, tanto por verle retratado en estampas, como porque se convirtió en personaje de desfiles y eventos teatrales. Así les pasó a los habitantes de Pausa, localidad peruana situada en los Andes. Hasta aquel remoto lugar habían llegado algunos ejemplares de los nueve que fueron a parar al Cuzco. Eso puede expli-

car lo sucedido en aquél remoto lugar durante la fiesta celebrada con motivo del nombramiento de un Virrey con aficiones poéticas. Entre los personajes que desfilaron, con nombres tan llamativos como el Caballero de la Ardiente Espada, El fuerte Bradaleón y El Caballero Antártico, figuraban don Quijote, Sancho y otros personajes de la novela.

En la relación de aquel acontecimiento puede leerse: «Asomó por la plaza el caballero de la triste figura don Quijote de la Mancha, tan al natural y propio de cómo le pintan en su libro que dio grandísimo gusto verle. Venía caballero en un caballo flaco muy parecido a su Rocinante, con unas calcitas del año de uno y una cota muy mohosa, morrión con mucha plumería de gallos y la máscara muy al propósito de lo que representaba. Acompañábanle el cura y el barbero y su leal escudero Sancho Panza, graciosamente vestido, caballero en su asno albardado y con sus alforjas bien proveídas y el yelmo de Mambrino». Llegada la noche, concluyó la fiesta con el reparto de premios. Al que actuaba de don Quijote le dieron el de invención, por la propiedad con que hizo la suya y la risa que a todos causó verle. El galardón consistió en cuatro varas de raso morado, que el actor entregó al que hacía de Sancho con el encargo de que se las diese a Dulcinea cuando la viese.

Desde entonces, las versiones teatrales del *Quijote* han sido habituales en Iberoamérica. Como en España. En 1947, el dramaturgo sevillano Felipe Pérez Capo había registrado 290 adaptaciones, de las que 63 correspondían al siglo XX¹. No es necesario decir que esa cifra se ha incrementado, sobre todo a lo largo del año 2005, con motivo de la celebración del V Centenario de la publicación de la primera parte de la novela. En relación a este asunto, es conveniente abordar, aunque sea brevemente, dos cuestiones. La primera se refiere a la contemporaneidad del *Quijote*, sobre la que existe un amplio acuerdo. La otra, al interés que puede tener llevar a la escena una novela de contenido tan rico, sabiendo que, en el trasvase de un género a otro, pueden perderse partes esenciales del mismo. Mis dudas, que no son pocas, no se refieren sólo a esta gran obra, sino en general a la adaptación para la escena de textos narrativos.

Respecto a la vigencia de la obra cervantina, es evidente que el *Quijote* ha llegado vivo a nuestros días. Más aún, podría decirse, como

¹ Felipe Pérez Capo, *El Quijote en el teatro: repertorio cronológico de 290 producciones escénicas relacionadas con la inmortal obra de Cervantes*, Barcelona, Millá, 1947.

del buen vino, que mejora con el paso de los años. Como obra literaria, la novela contemporánea le debe su razón de ser y nadie pone en duda que, en mayor o menor medida, los mejores escritores son deudores de él. La lista es interminable. Entre los pertenecientes al siglo pasado, Rubén Darío, Unamuno, Kafka, Italo Calvino, Francisco Ayala, Milan Kundera, Günter Grass, Juan Goytisolo, Muñoz Molina y un largísimo etcétera. Pero al hablar de contemporaneidad en el contexto en el que lo estoy haciendo, me refiero al contenido de la obra de Cervantes y a sus personajes, no a lo que de revolucionario hay en la técnica narrativa que alumbró.

En un momento determinado, don Quijote le dice Sancho: «La libertad es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida». Ese canto a la libertad es, para Vargas Llosa, el que los llamados liberales europeos entonaran a partir del siglo XVIII y, más tarde, en el siglo pasado, Isaías Berlin. Aquellos, dice, concebían la libertad como la soberanía del individuo para decidir su vida sin presiones ni condicionamientos, en exclusiva función de su inteligencia y voluntad. Para el filósofo inglés, significaba estar libre de interferencias y coacciones para pensar, expresarse y actuar. Vargas Llosa concluye que lo que anida en la idea cervantina de libertad es una desconfianza profunda de la autoridad, de los desafueros que puede cometer el poder, todo poder.

En otra ocasión dice don Quijote: «Porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y mucho más se ha de estimar un diente que un diamante». Para Milan Kundera, devoto de Cervantes, esa frase sitúa a ras de suelo a un personaje creado para ser legendario. Aquiles o Ajax, después de combatir cuerpo a cuerpo, nunca se preguntaron si aún conservaban sus dientes. En cambio, a don Quijote y Sancho, la cuestión les preocupa, y mucho, porque dientes que duelen, dientes que faltan. En la citada frase y en muchas otras se muestra el lado penoso o vulgar de la vida, pero también la belleza de los sentimientos modestos. Y no digamos si nos vamos a las conmovedoras páginas en las que se da cuenta de la muerte del hidalgo. Allí se habla de una muerte prosaica, en la que dicta testamento y agoniza durante tres días, durante los cuales comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho, pues en eso «del heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto».